



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12315

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
—Tres meses 11'25 id. La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración: Mayor, 24

SABADO 29 DE NOVIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61: y J. Fones, Faubourg-Montmartre, 31.

SO MAJESTAD EL REVÓLVER

Y quien dice el revólver dice el
puñal, la pistola, la navaja, el cu-
chillo, el garrote y demás armas
ofensivas puestas hoy en uso

Espanta leer la prensa. O los pe-
riódicos no se ocupaban antes de
los crímenes y éstos pasaban en si-
lencio ó ha aumentado la crimi-
nalidad.

La prensa madrileña nos sirve
cada día un plato fuerte. Ya es un
delito pasional, como se dice aho-
ra, preparado por algún Otelio, ó
la perpetración de algún asesinato
cometido por mano femenina, ó la
venganza traidora realizada al
amparo de las sombras.

Y si de los periódicos de la corte
pasamos a los de provincias, la im-
presión no cambia. Las mismas
reyertas por iguales motivos; los
mismos delitos pasionales; el robo
con motivo del cual resulta asesi-
nato ó homicidio; la venganza sa-
tisfecha con sangre; el odio buscan-
do en el cuerpo enemigo los órga-
nos esenciales a la vida para sec-
cionarlos al golpe de la innoble na-
vaja; y coronando esa serie de cri-
menes que nos hace pensar si vi-
viremos entre fieras, resgistranse
dos que causan espanto: un hijo
que mata a su padre a puñaladas
en el Norte y dos hermanos que se
balan a muerte en la región de Le-
vante.

Tal estado produce quejas gene-
rales. La prensa unanime se hace
eco de la opinión que pide radical
remedio.
Motivos tiene la opinión para
estar alarmada, porque ni se con-
sidera segura en la posesión de su
hacienda ni en la conservación de
su vida.

Hay que destronar a S. M. el re-
volver. Y quien dice el revólver,
dice la pistola, el puñal, el cuchi-
llo, la innoble navaja y el grosero
garrote: todo lo que sirve para es-
cribir esa crónica negra de que
vienen llenos los periódicos. En
una palabra, hay que cachear.

Si el hombre no tuviera tan a la
mano un arma para apoyar sus
demandas no sería delincuente. Qui-
tarle la pistola ó el revólver es po-
nerle freno a la lengua, hacerlo
prudente en vez de procaz. Y co-
mo el remedio pueden aplicarlo
las autoridades como y cuando
quieran, necesario es que se apli-
que pronto, con todo rigor, en to-
das partes.

La prensa en general podía aco-
meter esta campaña y llevarla a
término feliz.

Es verdad que se trata de una
mala costumbre, muy generaliza-
da; pero la fuerza que derriba mi-
nistérios y da efecto impulsivo a
las ideas puede conseguir, si lo
pretende, destruir la perniciosa
costumbre de usar armas.

A esa mala costumbre se debe
que la criminalidad esté tan flore-
ciente. Y como eso es causa de
deshonra hay que destruir esa
causa.

TIJERETAZOS

En Bilbao, unos bizkaitarras que salían
de una taberna algo alegres, dieron vivas
a la independencia de Vizcaya y a Carlos de
Borbón. (Al pretendiente. No hay que con-
fundir.)

Esa no estaba echada en saco roto. Des-
de que nos enteramos del bizkaiterrismo y
de su órgano «La Patria», nos dió en la na-
riz un tufillo a carlista.

Del catalanismo pensamos de igual mo-
do.

Lo que pasa es que hace labor fina pa-

ra deslucrar a la gente y atraerla a la
causa.

Pero ya se despejará la nebulosa y se ve-
rá lo que hay tras sus desplantes que solo
pueden encontrar disculpa porque son in-
conscientes.

Al tiempo.

Leemos:

«Pocas veces habrá sido de más oportuna
aplicación aquel ¡por fin! famoso que hizo
célebre la forma en que un popular peri-
ódico dió una noticia. Si, ¡por fin! terminó
ayer el debate político en el Congreso.»

Gracias a Dios.

Es decir, si se ha de aprovechar mejor el
tiempo.

Sino... será una lástima que haya termi-
nado ese debate.

Ero tan ameno...

Por fortuna está ahí el Sr. Nocedal que
tiene en preparación otro.

No es debate político, sino una proposi-
ción sobre el decreto que prohíbe la ense-
ñanza en catalán.

Ahí sí que hay tela cortada para rato.

Pero, señores, ¿no comprenden ustedes
que si se autorizara para que se enseñara
en catalán y valenciano, gallego y vizcaí-
no sería España otra torre de Babel?

Hay cosas que no deben ser tomadas en
serio.

Sin embargo, de tal modo pudieran ve-
nir, que obligaran a los protestantes del cé-
lebre decreto a decir:

—Yo no he sido.

EL TRUST DE LAS PATATAS

Los alemanes, que tropezaban ya con
graves dificultades para procurarse la car-
ne indispensable para su alimentación, da-
da la carestía de aquella, van a verse y de-
searse para surtirlos de patatas, si prospera,
como parece, la iniciativa adoptada por un
Mr. Rossicke, diputado del partido agrario
de ponerse de acuerdo con varios grandes
terratenientes, con objeto de crear un Sin-
dicato para acaparar el cultivo de dicho
vegetal.

El objeto principal de los asociados será
el de impedir que baje el precio de aquel
tubérculo.

Como quiera que los destiladores del al-
cohol han reducido su producción, resulta
que gran cantidad de patatas que no utili-
za, queda libre para el consumo, lo que de-
termina cierta depresión en el mercado y
gran satisfacción a los desahuciados de la
fortuna, que obtienen el alimento cotidiano
por poco dinero.

Como la satisfacción de estos señores no
es cosa que preocupe poco ni mucho a los
asociados, éstos se proponen mantener los
precios de la patata a una altura conve-
niente... para ellos.

En consecuencia, se establecerán gran-
des depósitos de aquella mercancía en los
centros importantes de la población, y al
mismo tiempo se organizará la venta al por
menor, para reventar de igual modo al
grande y al pequeño consumidor.

CIEGOS NOTABLES

«Le Journal», de París, refiere la escena
siguiente:

«Auto la puerta de la Academia de Medi-
cina, calle de los Santos Padres, algunas
personas se detuvieron cerca de un «tan-
dem» que acababa de pararse.

Un hombre correctamente vestido ante
de la bicicleta y ayudó a apearse a un an-
ciano, alto y esbelto, a quien a continua-
ción encaminó hacia las escaleras que dan
acceso al edificio, desapareciendo ambos en
el interior del mismo.

El anciano era uno de los más célebres
oculistas franceses, que por cruel ironía
de la suerte está ciego desde hace varios
años.

A pesar de esta desgracia, continúa sien-
do ciclista, y todos los martes—días de se-
sión académica—se puede ver al doctor,
guiado por su criado, ejecutar hábiles evo-
luciones al encaminarse hacia la Aca-
demia.

Más notable aún que el caso relatado es
el del ministro de Comercio de Australia,
ciego también desde hace algunos años.

Mr. Mac Kenzie, que es un anciano ad-

mirablemente conservado, disfruta de una
memoria sin rival.

Las más arduas estadísticas son para él
cosa de juego y fríamente, sin que se alte-
re un músculo de su rostro, rectifica du-
rante el curso de las discusiones parlamen-
tarias, con una precisión que desconcierta
al adversario, las cifras y datos que éste
expone.

Este caso es el segundo de la misma na-
turaleza que se da en la política austra-
liana.

El exministro de Correos, Mr. Fawcett,
era igualmente ciego.

AYUNTAMIENTO

Abramos un paréntesis antes de anol-
farnos en los asuntos de la sesión y demós-
tré públicamente las gracias al secretario
del municipio nuestro querido amigo don
Juan Palacios, y al alcalde del Ayunta-
miento, nuestro amigo también Don To-
mas Blanco, que al realizar en el salón
de sesiones las obras hechas recientemente,
no se ha olvidado de la prensa.

Efectivamente; al entrar a ocupar nues-
tro sitio, hemos encontrado un elegante
pupitre, instalado sobre alta tarima, en
vez de la vetusta y vieja mesa donde antes
tomábamos las notas.

En la instalación no se ha olvidado de-
talle. Amplitud, comodidad, material de
escribir, alumbramiento del estrado y del pú-
blico. Si cada periódico tuviera un cajón-
cito señalado que le asegurara la propiedad
del sitio no habría más que pedir.

Esto no quiere decir que lo pedimos. Ha-
cemos la indicación y... basta con eso.
Cualquier día nos encontramos con la cor-
porea del cajón, como hoy nos hemos en-
contrado con la de la tribuna y el pupitre.

Repetimos las gracias y damos por ter-
minado el paréntesis, entraremos en mate-
ria.

Se abre la sesión a las doce. Preside el
señor Bruna. Lee el acta el oficial mayor
señor Carreño. La aprueban los señores
concejales y comienza el despacho ordina-
rio.

Léase un oficio del presidente de la co-
misión de ensanche, acompañando copia

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 158

sangrientadas, porque la rotura del brazo le hacía su-
frir cruelmente. Pero no lo esperó mucho. Volvie-
ron en seguida. Al llegar a la plaza donde se hallaba
acumulada la multitud, trabajando todavía por apa-
gar el incendio, vieron que todo estaba perdido... La
Hoson, que, asomada a la reja de la prisión, lamida
por las llamas, no había dejado de devorar con la
lista lo que pasaba fuera, acababa de abrir a los
azules la puerta del calabozo en donde se había en-
cerrado con el prisionero.

—¡Mirad!—dijo enseñándoselo cargado de cade-
nas y tendido en el suelo sobre las lozas desnudas.—
¡Ahí tenéis al bandido! Los he sentido hurgar en
la puerta para prenderle fuego; pero ¡ah! hubiesen
convertido en un horno esta cárcel, aquí me habría
dejado asar viva con él antes que entregarlo a nadie
más que al ayudante del verdugo a quien pertene-
ce!»

«M. Jacques y Vinet Royal-Annis se habían empe-
ñado, en efecto, en quemar aquella recia puerta
existente a la acción del fuego lo mismo que al em-
puje de la palanca. En esa tarea estaban aún, cuan-
do la muchedumbre, dueña del incendio, se precipi-
tó por el pasillo y por las escaleras de la cárcel. En-
tonces se lanzaron resacalemente, antorcha y pistola
a mano, y gracias a la llama, al humo y al desor-
den producido produciendo en la cárcel por la invasión

139

EL CABECILLA DESTUCHES

de los azules que corrían como locos al calabozo de
Destuchos, logrando pasar.

«Cuando nosotros vimos a M. Jacques, acababa de
salir de allí; sin duda el pensamiento de Amada le
hizo adelantarse a sus demás compañeros. Dos horas
después llegaban todos, a excepción de Vinet-Annis,
cuya suerte ignoraba M. Jacques. Lo vimos muerto;
pero no era así. Había recibido en el vientre un tre-
mendo bayonetazo, asustado por un azul, y tuvo fuer-
zas para andar más de un cuarto de legua por los bos-
ques, contentándose con la mano los intestinos próxi-
mos a salirse, y en ese estado ganó la choza de un
almadroneiro chuan. Nosotros ignorábamos estos
pormenores, que hemos sabido después. Creíamos
que había perdido la vida en la demanda, y la cosa
nos parecía tan sencilla, que no se volvió a hablar de
del asunto. Pero no sucedía lo mismo con Destuchos.
¿Qué había sido de él? Para volver a la carga al
otro día, según había dicho M. Jacques, era neces-
ario tener noticias de Destuchos, y a Touffedelys no
llegaba ninguna. Como una mujer inspira menos
desconfianza que un hombre, me ofrecí a ir en busca
de ellas a Aurachos.

«Nuestros amigos aceptaron, y allí fui, señor de
Fierdrap. Ya le he dicho a usted que yo no era novi-
cia; muchas veces había llevado despachos a los je-
fes de las diversas parroquias, disfrazada de mil mo-